

CAPITULO XXII.

CONFUNDE JESUS A LOS ESCRIBAS Y FARISEOS EN TODAS LAS PREGUNTAS QUE LE HACEN, Y LES PRESENTA LA PARABOLA DEL PADRE DE FAMILIAS QUE PLANTÓ SU VIÑA Y LA ARRENDÓ A UNOS COLONOS QUE DESPUES ASESINARON AL LEGÍTIMO HEREDERO.

Como acabamos de ver en el capítulo anterior, se escondió Jesús de la presencia de sus perseguidores, esto es, de los escribas y fariseos, después que para engañarles enteramente y arrancar la obstinacion y dureza de sus corazones, les había dado los importantes documentos que hemos referido; y al regresar muy temprano á la ciudad santa, volviendo á pasar por el mismo camino que habían andado el dia anterior, observó Pedro que por lo regular era el que examinaba al parecer con mas atencion los sucesos que pasaban á su vista, que la higuera que se había maldecido en la mañana precedente estaba enteramente seca; y volviéndose á Jesús le dijo: Maestro, mirad la higuera á quien echásteis vuestra maldicion: ved cómo ha caido sobre ella, pues está seca. Jesús, que veía á todos sus apóstoles igualmente admirados, dió una respuesta á Pedro, comun empero á todos, que ya les había dado en otra ocasion, y les

dijo: De verdad os digo, que si tuviéreis una perfecta confianza en Dios, si os persuadiéreis sin dudar que conseguireis de mi Padre todo lo que le pidiéreis en mi nombre, si orais sin hesitacion, sin dudas y sin inquietudes sobre el efecto, no solamente hareis en una higuera lo que yo acabo de ejecutar á vuestra vista, sino es que si dijéreis á este monte: Retírate de ahí y arrójate en el mar, se cumplirán vuestros deseos. Creed pues que conseguireis en la oracion cuanto quisiéreis conseguir: creed que Dios no os negará cosa alguna de cuanto solicitáreis por mi medio para el progreso de vuestros trabajos apostólicos ó para vuestro adelantamiento en la virtud, pues nada hay imposible para Dios y todo se concede á una súplica hecha con fe y con aquella caridad que enseña á perdonar las injurias, antes de pedir á Dios perdon de las propias ofensas.

Como eran ya casi los últimos momentos de la vida de Jesús, parece que se aumentaba el ardor de su celo á proporcion que se acercaba su fin, del mismo modo que una antorcha se aviva mas cuando está mas cerca de espirar su llama: por eso ponía tanto cuidado en inspirar á sus apóstoles y discípulos la idea de que conservasen siempre ardientes las antorchas de la fe y de la caridad. Y después de haberles dado en el camino estas santas instrucciones, entrando en Jerusalem, marchó en derecha á la casa de Dios; en ella se pasó algun tiempo, y poco después se halló rodeado de una multitud de pueblo á quien se puso á explicar de nuevo los misterios de la salud. Mas apenas hubo empezado, cuando los principales de los sacerdotes, los escribas y los ancianos del pueblo, se presentaron para oponerse abiertamente al ejercicio de su ministerio. Ellos pretendian convencer al Señor que usurpaba sus derechos y que se abrogaba las funciones que á ellos pertenecian, con desprecio del tribunal legítimo; sobre lo que dice san Crisóstomo [1]: 'Se acercaron, no para ser enseñados con el pueblo, sino para armar lazos y acechanzas contra el que enseñaba. Se acercaron cuando enseñaba, esto es, cuando en manera alguna podian impedirle, y los que se acercaron eran los principes de los sacerdotes, á quienes no podia servir de disculpa la ignorancia, y eran tambien los ancianos

[1] Div. Crisostom. Hom. 33 Oper. imperfect.

cianos del pueblo de quienes salia la inquietud, en vez de salir de ellos el buen ejemplo y la luz. Confabulaban, y discurrían entre sí y decían: nosotros somos las columnas del templo, y ved ahí que sobre él descansa ya toda la Iglesia: nosotros somos la lengua visible de las Escrituras que callan, y la suya resuena armoniosamente en medio del templo, por lo que nosotros nos vemos precisados á callar como cítaras destempladas; nosotros fuimos padres, y este engendra ahora hijos haciéndonos á nosotros enteramente estériles: ¡oh, y cuánto nos envilecemos á la vista del pueblo! por lo que con el fin de excitar algun tumulto en el lugar santo contra el que se habia declarado su defensor y custodia, se acercaron á él y le dijeron: ¿En nombre de quién haceis en este lugar santo lo que tenéis atrevimiento para ejecutar á nuestra vista? Predicar públicamente, enseñar á los pueblos, reformar los abusos y arreglar la policía del templo, estos son otros tantos actos de jurisdiccion que piden un poder que debéis tener de nosotros y que no habeis recibido; decidnos pues, ¿quién os ha dado potestad para eso, y con qué facultad lo ejecutais?

Mal prevenidos contra Cristo y extremadamente furiosos, entendían y querían persuadir al piteblo que obraba en todo por virtud del diablo, como ya en otra ocasion lo habian asegurado diciendo que lanzaba los demonios en nombre de Beelzebub, príncipe de todos ellos. Jesús empero, conociendo toda su malicia, no quiso contestarles, sino que puso una objecion á otra y un argumento á otro, como quien quiere sacar un clavo con otro, para refutar con mas energia todas sus calumnias, pues no eran otra cosa sus malignas preguntas. Era preciso estar muy ciegos y endurecidos para no reconocer el gran poder y autoridad de que Jesús se hallaba revestido en el esplendor de sus milagros, en la santidad de su vida, en la sublimidad de su doctrina, en los testimonios públicos de su Padre celestial, y en el cumplimiento de los oráculos proféticos que anunciaban al Mesías; por consiguiente, no dudando que los que reconvenian eran hombres apasionados, puesto que olvidaban ó apartentaban desconocer hechos tan públicos, quiso cerrarles enteramente la boca contraponiendo á su ambiciosa audacia la respetuosa docilidad de los no preocupados, y otros hechos que no hacia mucho tiempo habian pasado á su vista.

Vosotros me preguntais, les respondió el Señor, con qué autoridad obró á vuestra vista como celador del decoro de la casa de mi Padre y como doctor y maestro de este pueblo: no rehusó ni rehusaré el responderos; pero antes es preciso contesteis vosotros como maestros que sois y doctores de la ley, á una pregunta que quiero haceros: si respondeis sincera y francamente, yo os diré tambien por mi parte la autoridad con que ejerzo mi mision; decidme pues: ¿El bautismo de Juan, de dónde era, del cielo ó de los hombres? Lo que fué decirles: El Bautista predicó en medio de este pueblo y estableció un bautismo de penitencia que le visteis administrar á cuantos se lo iban á pedir: el ejercicio y práctica de esta nueva institucion, ¿lo ejecutaba Juan por autoridad de Dios ó por impresion y movimiento de su propio espíritu? Sin embargo, es indudable que no obraba con vuestras órdenes ni con vuestro permiso, pues muy lejos de tener vuestra aprobacion, lo perseguisteis con furor, y vuestras persecuciones le precisaron á retirarse á Galilea y le ocasionaron su prision y su muerte. Claro es pues que en su predicacion y bautismo no obraba sino es por la autoridad de Dios ó por la suya propia: ¿á cuál de estas dos os atendreis vosotros?

No esperaban ellos este retruque de parte de Jesús, y así se hallaron corridos, confusos y avergonzados á la presencia del pueblo, al que con su pretendida sabiduría y autoridad querian confundir y aterrar y conociendo las fatales consecuencias á que se habian expuesto, se apartaron algun tanto de la muchedumbre para deliberar entre sí y convenir en una respuesta uniforme. Si respondemos, decían entre sí, que el ministerio de Juan venia del cielo y estaba autorizado por Dios, se aprovechará este hombre de nuestra confesion y nos vencerá en la contienda, pues no dejará de decirnos: ¿por qué razon no le dimos crédito, siendo así que nos declaró mas de una vez que él era el Cristo é Hijo de Dios? Y si le decimos que el Bautista no habia recibido su mision de lo alto, que era un hombre sin carácter, y que los que le seguian no eran mas que unos hombres veleidosos, crédulos ó sencillos, aunque no tenga por qué aplaudirse de los elogios que le tributó, nos exponemos á que el pueblo se enfurezca, y tal vez llegue hasta el exceso de apedreamos como blasfemos, siendo como es cierto, que todavía conser-

va aquel entre la muchedumbre muchos partidarios y admiradores que le veneran, al menos como un gran profeta suscitado por Dios, y no han de llevar á bien que lastime ó menoscabe la reputacion de un hombre tan grande y eminente. Conocieron por tanto, dice el venerable Beda [1], que la sabiduría infinita de Jesús les habia armado un lazo del que no podian evadirse á cualquiera parte que se acogiesen; ó habian de confesar la verdad, ó habian de sufrir el desprecio y las amenazas del pueblo: acudieron á la mentira, á la simulacion y á la perfidia, y con un ademán de desprecio respondieron al Señor. No sabemos de dónde vino el bautismo, ni el ministerio de Juan, ni tenemos tampoco obligacion de responder á vuestras preguntas; vos sois el que debeis contestar á las nuestras, y por lo mismo os pedimos cuenta de vuestra conducta y de la autoridad que os usurpais.

Respondieron misteriosamente á Jesús, y el Señor, que no se creyó obligado á satisfacer sus nuevas réplicas, les dijo: Pues si vosotros no sabeis con qué autoridad predicó Juan entre nosotros y bautizó, y con decir esto os creéis desobligados de satisfacer á mi pregunta, yo no responderé á la vuestra diciéndoos la potestad con que ejecutó lo que veis, ni tampoco dejaré de haceros otra pregunta que acaso no será para vosotros menos embarazosa: fundábase Jesús para proceder de este modo, en que al que pregunta se le debe contestar, al que tiente se le debe confundir [2]. El preguntaba para enseñar, los escribas le tentaban con sus preguntas y querian perderle; por esto los confundió con su silencio y los anuló con su nueva pregunta. Cierta hombre tenia dos hijos, les dijo: llamó al primero ó mayor de ellos, y les mandó fuese á trabajar á su viña; pero inobediente y desatento contestó secamente á su padre que no quería; pasado muy poco tiempo, entró en cuenta consigo mismo, reconoció su error, y avergonzado de su falta de atencion y obediencia, corrió á pedirle perdon, y con no menor prontitud se marchó al trabajo; poco tiempo después llamó al segundo hijo, dióle la misma orden que al primero, y aparentando sumision y obediencia, dejó que su padre se apartara, y en lo que menos pensó fué

[1] Ven. Bed. in cap. 11. Marri.

[2] Div. Crisostom. Hom. 39. Oper. imperfect.

en ir al trabajo. ¿Cuál de estos dos, hijos concluyó Jesucristo, os parece que cumplió con la voluntad de su padre?

No parece dudosa la contestacion que habian de darle los fariseos, y mucho menos no pudiendo prever la aplicacion que el Salvador habia de hacer de su parábola. No hay duda, le dijeron, que el primero fué mas obediente, y el segundo fué un simulado y un hipócrita. Esto era precisamente lo que aguardaba su Majestad para confundirlos y hacer una justa aplicacion de su doctrina. En verdad os digo, les replicó al momento, que los publicanos y las rameras os precederán en el reino de Dios; esto es, en la Iglesia cristiana, ó en la Iglesia militante, por la fe y la penitencia; y en la triunfante por la gloria, dejándoos á vosotros fuera por la infidelidad. El hijo primero, que aunque inobediente al principio hizo después la voluntad de su padre, es digno de misericordia; el segundo, que lo despreció y no lo hizo, es digno de reprobacion y castigo; que fué lo mismo que decirles: No solo los gentiles son mucho mejores que vosotros los judios, segun el juicio que vosotros mismos habeis hecho, sino que los peores de entre los gentiles, como son los publicanos y meretrices, que entre vosotros son manifestamente de una muy torpe vida, serán á la presencia de Dios de un mérito mucho mayor que el vuestro, porque es sin comparacion alguna mejor no prometer y hacer la justicia de Dios, esto es, cumplir con sus deberes á la presencia de Dios, que prometer y mentir.

San Agustin enseña [1] que la equidad ó justicia fingida es mas doble iniquidad; y este vicio es el que mas resplandecía en los sacerdotes y escribas; por esto eran semejantes al hijo segundo del Padre de familias. Hacian ostentacion de ser perfectos y observantes de la ley, y tarde ó nunca las cumplian, siguiendo las tradiciones que ellos y sus padres, perversos como ellos, habian establecido, cuidando poco de observarla verdaderamente. El que los oiga pensará que estaban siempre prontos á obedecer; pero su verdadero carácter era el de la soberbia y desobediencia á los preceptos mas importantes. Este retrato les puso á la vista para confundirlos; pero conociendo que en vez de convencerse se habian de exasperar mas

[1] Div. August. in Ps. 43.

contra su persona, quiso asimismo darles á conocer que no se le escondia ninguno de los pensamientos de iniquidad que habian formado para quitarle la vida, y que sabia bien estaba ya en la víspera de caer en sus manos. Echóles en cara su ingratitud por no hacer traicion á su ministerio, y no huyó de ellos como otras veces lo hizo, porque era ya llegado el tiempo de cumplir la voluntad de su Padre; por cuya razon les propuso una terrible parábola con el caritativo designio de que se aprovecharan de sus últimas instrucciones.

Habir, les dijo, un padre de familias cuidadoso y vigilante que plantó una viña, la cercó de un vallado fuerte y edificó en ella un lagar y una torre. Esta viña plantada por Dios era respecto de los judios la Sinagoga, así como es la Iglesia respecto de los cristianos, y figuradamente es nuestra propia alma. Hablar de esta manera á los sacerdotes de Jerusalem, sabiendo que dentro de dos dias habian de ser los jueces que habian de juzgarle, era no solo admitir la muerte, sino iria á buscar, sin quererse disponer ni prevenir con algun remedio humano para evitarla; tan cierto es que Jesús estaba dispuesto, y cada dia se preparaba mas para cumplir la voluntad de su Padre, y prevenia á las almas buenas contra los escándalos de la cruz, haciendo patente de todos modos el gusto con que caminaba á ella por nuestro amor. Así tambien nos dió á conocer no solo la providencia adorable de Dios, sino su longaninidad y paciencia en esperar tanto tiempo, á ver si podia ablandar la perfidia del pueblo judaico, que encerrado y puesto á cubierto bajo los muros de Jerusalem, tenia una perfecta representacion con la viña de endida por un buen vallado. El lagar colocado en medio de la viña, simbolizaba la doctrina santa y el conocimiento perfecto de la ley de Dios. La torre para su defensa era el mismo templo santo del Señor colocado en medio de la ciudad, y los ladrones ó viferos á quienes se encargó el cultivo de la viña, eran los sacerdotes del santuario, encargados de la instruccion de los pueblos, y obligados por su oficio á velar sobre su conducta.

Si por la viña queremos entender nuestra alma, plantada por la creacion y por la santificacion, tambien veremos que por uno y otro titulo es de Dios y no nuestra: recibimos la vida de su mano como ar-

rendadores para cultivarla y retornarle los frutos de las buenas obras que rindiere, ayudada de su gracia. Para ella es el mejor vallado la ley del Señor y su palabra santa; lagar el sacrificio de Cristo y los sacramentos por donde se nos comunica el mérito de su sangre. Torre la iglesia, que es la casa de la oracion, donde levantado el hombre en espíritu vive despegado del mundo, unido con Dios y protegido por él contra los enemigos de su eterna salud. Dispuesta así la viña con todo lo necesario para que reedituase, la arrendó á unos labradores que cuidasen de su cultivo; y convenido con ellos, marchó á un país extraño donde habia de permanecer por largo tiempo. Con esto quiso significarles que Dios, aunque está siempre derramando sobre su pueblo gracias saludables y lo protege con una prudencia visible, no se manifiesta ya sensiblemente á él y parece que lo abandona á la rectitud de su conciencia y á la direccion de sus guias; así en el tiempo antiguo dió á su pueblo Moisés y los profetas, y en el tiempo nuevo nos dió á sus apóstoles y á todos sus sucesores.

Llegado el tiempo de la venida, envió á sus criados para que recogiesen el fruto que se habia reservado de su viña; pero los infelices recibieron el mas indigno tratamiento de aquellos rústicos y brutales labradores, pues al primero de los criados dieron muchos golpes, al segundo llenaron de injurias y de heridas en la cabeza, y al tercero quitaron la vida. En tres tiempos diferentes envia el dueño de la viña á sus criados y siervos para recibir los frutos que debian coger de los labradores. En otros tres tiempos en que se halló su pueblo escogido, ya floreciente bajo el imperio de sus reyes, ya gimiendo en las cadenas de la esclavitud y ya restablecido bajo sus pontífices, envió Dios á sus profetas á pedir á los sacerdotes y á los magistrados cuenta rigurosa de las almas encargadas á su cuidado y conducta. Los labradores y cultivadores infieles los insultaron, maltrataron ó hicieron morir, ya con piedras, ya con el acero, sin otro delito sino el de ser los siervos del gran Padre de familias. Los sacerdotes, los magistrados y los reyes se hicieron tiranos y perseguidores de los profetas; por lo que pudo decir muy bien Jesucristo á la ciudad sangrienta: *Jerusalén, Jerusalén, que das la muerte á los profetas y apedreas á los que te envia Dios;*

cuántas veces he querido reunir en torno mio á tus hijos como la gallina junta y reúne sus polluelos bajo sus alas, y tú no quisiste; en verdad te digo, que tu casa quedará desierta, y entrarán tus enemigos dentro de tus muros y no dejarán en ti piedra sobre piedra.

No podía sentar bien al padre de familias la insolencia de sus arrendadores; la disimuló sin embargo sin tomar venganza alguna, y se contentó con enviar otros criados; pero aunque estos fueron en mayor número que los primeros, no recibieron mejor tratamiento. Resueltos los arrendadores á no pagar cosa alguna, los maltrataron ignominiosamente de palabra; unos fueron apaleados con sumo rigor, otros fueron heridos y perseguidos con piedras, y otros quedaron muertos en el mismo puesto; y aunque desconsolado el dueño de la viña con tantas tentativas, sin que produjeran efecto alguno, probó nuevos medios para mover el corazón de aquellos arrendadores, y después de un maduro consejo, se resolvió á arriesgar la persona que mas amaba, enviándoles su propio hijo, en quien tenia puestas todas sus esperanzas, pensando que tendrían mas respeto y consideracion con él, y que si les habian quedado algunas reliquias de humanidad, le mirarian sin duda como á una imagen suya; pero se engañó en sus juicios.

Imagen muy viva es esta manifestacion que hizo el dueño de la viña de la ternura de Dios para con los hombres. Los castiga con dolor, porque sus castigos son eternos. Sacrifica por su bien hasta su Hijo muy amado, porque aunque conozca que un gran número ha de hacer para ellos infructuoso este sacrificio por su impenitencia, traerá á muchos la salud y hará la gloria de la víctima. Puede ser, dice el buen Padre, que respeten á mi Hijo. Expresion que aunque es de duda, no denota que haya en Dios alguna ignorancia de los sucesos futuros, sino que da á entender la libertad de la voluntad del hombre y la indiferencia que conserva en todas sus deliberaciones, para que nunca pueda decirse que la voluntad del hombre ha padecido violencia.

Envia el Padre de familias á su Hijo, para darnos á entender el esfuerzo grandioso del amor con que Dios Padre entregó al Hijo unigénito para tomar posesion de nuestra alma; mas con todo, co-

mo aquellos ingratos, labradores lo echamos de nuestro corazón como ellos lo arrojaron del recinto de la viña, haciendo con nuestras pasiones un convenio tan horroroso, como aquellos lo hicieron entre sí para quitarle la vida y ser dueños y poseedores de su hacienda; pero como ellos erraron, erramos tambien nosotros con mucha frecuencia, y cayendo bajo el peso formidable de la omnipotente indignacion del gran Padre de familias, perecemos, como aquel hizo perecer á los parricidas. Cuando venga pues el dueño y señor de la viña á castigar á estos homicidas, ¿qué castigo os parece les dará? No pudieron contenerse los escribas y fariseos, que se preciaban de justos, al oír la relacion que les habia hecho Jesús, y todos al punto levantaron la voz y dijeron, que no habia castigo bastante grande para tan horribles atentados; que no debian esperar otra cosa sino la muerte, y que su suplicio debia de ser extraordinario, para que correspondiese á lo horrible del crimen. Y en fin, que el amo no dejaria de poner otros viñeros que no faltasen en llevarle los frutos de su viña y pagarle lo pactado en el tiempo convenido.

Esta era la gran profecía cuyo cumplimiento estaba ya tan cercano. Verificóse al pié de la letra cuando condenado á muerte Jesucristo por los pontífices y sacerdotes, fué conducido fuera de los muros de Jerusalem y crucificado sobre el monte destinado á su sacrificio; por cuya razon, irritado después el Eterno, vengó la muerte de su Hijo único sobre la ciudad rebelde con la de todos sus habitadores; hizo pasar de los judíos á los gentiles la fe del Mesías y la religion fundada sobre el hombre Dios, formando de ellos su Iglesia, encargándola al cuidado de sus apóstoles, los que cultivándola con los afanes y sudores y regándola hasta con su propia sangre á imitacion de su fundador y Maestro divino, recogen de ella abundantes frutos. Este es el último esfuerzo del amor con que Dios Padre entregó á su Hijo unigénito para que tomara posesion de nuestra alma y exigiera de ella los frutos debidos porque la plantó criándola y la compró redimiéndola. ¿Y quién será el hombre que tenga aliento para rebelarse contra un Padre omnipotente y terno y un Hijo tan digno de ser amado que se da todo y entrega en manos de sus enemigos, sujetándose á los dolores de una pasion la

mas acerba y de una muerte la mas afrentosa para redimirnos y salvarnos? Parece esto cosa horrible y no queda valor en humanos pechos para pensarlo tan solamente. Pero esto que se hace tan duro de creer, ¡cuán fácilmente y por cuán ligeras causas lo pone por obra la criatura! ¿Qué respeto tiene al Hijo de Dios el que lo echa fuera de su alma y lo crucifica pecando? Cuando venga pues el Señor de la viña, ¿qué hará con estos hombres?

Esta venida del Señor será en la muerte de cada uno de nosotros. ¿Qué responderá entonces el pecador al Juez inexorable? El delito es enorme y cierto; ¿cómo podrá tergiversar la acusación de su propia conciencia? ¿Cómo engañar al que es sapientísimo? ¿Cómo torcer ó corromper al que es justísimo? ¿Cómo resistir al Omnipotente? ¡Ay! ¡cuán olvidados estamos de esta venida del Señor! Por mas que voluntariamente la olvidemos, no nos libraremos de ella, ni tampoco nuestra sordera é insensibilidad mitigará la ira del Juez enojado. Quanto mas nos desentendamos ahora del juicio de Dios, peor nos irá en él. Por esto dice san Gerónimo [1]: Se nos dió la viña en arriendo, pero con la condicion de que hemos de dar á Dios, que es el Señor de nuestra alma, el fruto de las buenas obras y la viña toda entera en el tiempo que nos le pida; esto es, en el día de su venida y de nuestro juicio, y para que sabiendo que todo se lo debemos, nunca nos olvidemos ni de lo que hemos de hablar ni de lo que hemos de hacer.

Conocieron los príncipes de los sacerdotes y los fariseos, los escribas y los ancianos, que esta fuerte y terrible parábola caía directamente no solo sobre ellos, sino tambien sobre sus padres, y su coraje y rabia creció hasta el extremo del furor. En efecto, señalados estaban los padres como perseguidores y asesinos de los antiguos profetas, y con iguales colores estaban ellos retratados por haber dado ocasion á la muerte del santo precursor y hallarse ya dispuestos para teñir sus manos sacrílegas con la sangre de Jesucristo, Hijo verdadero de Dios, con cuyo horrible atentado iban á echar el colmo á la impiedad de sus abuelos y á causar, precipitar y precenciar la completa desolacion y ruina de su patria. Todas sus ma-

[1] Div. Hieronim in cap. 21 Math.

quinaciones los disponian para experimentarla, y aunque el amantísimo Jesús se las descubria con la mayor oportunidad con el santo designio de atraerles al arrepentimiento, nunca quisieron convertirse ni conocer por sus doctrinas, virtudes y milagros, que el pueblo admiraba y conocia, que él era la *pedra angular* predicha y anunciada que ellos reprobaban, sobre la cual iban á estrellarse, ó que cayendo sobre ellos, los habia de oprimir y hacer pedazos.

Cubiertos de ignominia á la presencia del pueblo, al que trataban de seducir, no respiraban sino venganza, y en el exceso de su desesperacion trataban al Salvador de mentiroso é impostor; y si el temor de ser apedreados ó hechos pedazos por el mismo pueblo no los hubiera contenido, hubieran procurado apoderarse en aquel mismo instante de la persona de Jesús; pero este temor era un dique insuperable que no se atrevia á asaltar el aborrecimiento que le profesaban. Siempre que sabian su llegada á Jerusalem y su presentacion en el templo, acudian resueltos á prenderlo, y siempre se volvian sin atreverse siquiera á amenazarle. La malicia les inflamaba, la astucia les contenia, porque les hacia conocer que era muy expuesto perseguir y prender un hombre que habia ganado la voluntad del pueblo con la multitud de sus beneficios, que no podian negarse ni aun oscurecerse, y que por lo mismo era tenido y respetado, á lo menos como un gran profeta. Por cuyas razones resolvieron volver á su antigua conducta de armar lazos ocultos contra el Salvador, con los cuales se lisonjaban que perderia la confianza del pueblo, que miraban como á su mismo apoyo.

Por su boca y por su propia sentencia fueron condenados los escribas y fariseos á la presencia de Jesús y del pueblo, á quien tanto temian, puesto que á la pregunta que les habia hecho no pudieron menos de contestar que cuando viniese el propio Padre de familias á pedir cuenta á sus colonos, los castigaria severamente y arrendaria su viña á otros labradores que le pagasen y diesen el fruto en el tiempo oportuno: tal es el convencimiento que los hombres, por malos que sean, tienen interiormente de la justicia de Dios, aunque no lo manifiesten, para poder seguir en el camino de la iniquidad que empezaron á andar. Al separarse el alma del cuerpo les abrirá Dios los ojos para que vean con toda claridad la sinrazon de su

culpa y la rectitud de la divina justicia. Entonces sacarán aquella tristísima pero vana y estéril consecuencia: *luego es cierto que erramos el camino*. Lo que antes pudiera haber ayudado á la enmienda, hará entonces mas rabiosa la desesperacion. Jesús empero, que deseaba afianzar su doctrina y procurar mas bien la conversion de aquellos infelices que aumentan su desesperacion, prosiguió su discurso diciéndoles: ¿Nunca habeis leído en las Escrituras: La piedra que desecharon los que edificaban vino á ser la llave maestra del ángulo? Esta piedra es Jesucristo, cabeza de su Iglesia por su autoridad, fundamento por su palabra, y union y trabazon de ella por su espíritu. En su cuerpo enlaza y une á los judíos que le echaron de sí, y á los gentiles que no lo conocian. Desprecióle el mundo, y los judíos quisieron borrar su nombre de la memoria de los hombres con la muerte afrentosísima á que le condenaron; mas todo esto solo sirvió para dar cima á la grande obra de Dios en la redencion del linaje humano. Estas verdades anunciadas por los profetas, y muy particularmente por David su padre, fueron leídas muchas veces por los sacerdotes y no las entendieron; por esto continuó Jesús diciéndoles: *Se os quitará el reino de Dios y se dará á gente que rinda los frutos de él.*

Si terrible era cuanto Jesús hasta entonces habia dicho á los escribas, no eran menos espantosas estas palabras. ¡Oh, si ellos hubiesen comprendido lo que significaba arrancar de entre ellos el reino de Dios! Esta es una de las pruebas mas claras y tambien mas terribles del odio que tiene Dios al pecado. ¿Quién se dará por seguro y podrá decir, sobre mí no vendrá este castigo? Bastan á veces los pecados ocultos de un reino para que arranque Dios de él la fe y la traslade á otro, sin que alcancen para aplacar su enojo las oraciones y las virtudes públicas de muchos justos. ¡Y qué diremos y podremos esperar siendo los pecados públicos y difundiéndose de la cabeza á los miembros, y siendo el escándalo y la corrupcion general! El que cayere sobre esta piedra, despreciando los misterios del Salvador, abusando de sus dones, conspirando contra el Evangelio, ó resistiendo tomarle por regla de su vida, se hará pedazos, pues siempre son vanos los esfuerzos del hombre para conseguir estos fines. A pesar de su despecho y rabia, permanecerá la

verdad, porque el Evangelio no se dobla, ni se tuerce ni se corrompe: *podrá ser desobedecido y combatido, mas no destruido*. La verdad siempre es verdad, y esta verdad es Cristo. El que la contradijere de palabra ó de obra, se estrellará contra ella y se hará pedazos; pero aquel sobre quien ella cayere, será desmenuzado, porque ella es omnipotente y no hay quien pueda resistir el peso de su omnipotencia.

Grande fortuna hubiera sido para los sacerdotes y demás individuos de la Sinagoga, si ya que conocieron que contra ellos se dirigian las palabras de Jesús, se hubiesen aprovechado de las verdades que contenian. Misericordia es de Dios que conozcamos la verdad, y mayor aun que la apliquemos al gobierno de nuestra vida. La verdad es para nosotros: para esto vino el Salvador, para que caminemos por él, que es verdad y vida. ¡Ay de los que entienden la aplicacion de la verdad á sus costumbres y no se aprovechan de ella! El respeto á la verdad no fué lo que contuvo la cólera de los fariseos, sino el temor del pueblo. ¿Mas de qué les sirve este temor si en su corazon eran ya homicidas sacrílegos? Así tambien de poco ó nada sirve á la criatura no cometer la culpa por respeto al mundo, si la abraza, la consiente y por consiguiente la comete en su corazon. *Inmaculada es la ley del Señor, y convierte las almas; fiel es á su palabra que da la sabiduria á los pequeñuelos*; por cuya razon decia san Pablo á los de Efeso: *Sed imitadores de Dios como hijos suyos muy amados, y proceded segun la caridad, así como Cristo nos amó y se entregó á sí mismo por nosotros, ofreciéndose á Dios en ofrenda y sacrificio de suave fragancia. . . . Nadie os engañe con vanas palabras, porque por los pecados vino la ira de Dios sobre los hijos de la infidelidad. No tengais parte ninguna con ellos. Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor. Andad como hijos de la luz. Y sabed que el fruto de la luz consiste en toda especie de bondad, y de justicia y de verdad.*

ORACION.

Señor y Dios omnipotente, Padre universal de familias, que encomendaste á los prelados tu viña preciosísima, la Iglesia santa,

para que la cultivasen, y como buenos colonos arrancasen de las cepas, que son los fieles, las espinas y malezas de los vicios, y plantasen en su propio corazón y en el de todos la buena semilla de las virtudes, para que diesen frutos abundantes de buenas obras en toda ocasión y tiempo; haz que ayudado de tu gracia arranque del mío la punzante espina de la culpa mortal que lo mata para siempre, no solo por huir del castigo que preparas á los malos, sino por no cometer la mayor entre todas las villanías, que es dejarte á ti que eres infinitamente bueno, por abrazar lo que de ti aleja, lo que es tu mayor enemigo y es el mayor entre todos los males que pudieran sobrevenirme. Abre mi corazón para que abrigue en él la verdad, y grabada allí para siempre, no la olvide jamás y sea constantemente mi ley y la regla de mi vida. Amen.

Nota. La historia del presente capítulo corresponde al XXI de san Mateo, desde el versículo 23 al 46; al XI y XII de san Marcos, desde el 27 al 33, y desde el 1 hasta el 12; y al XX de san Lucas, desde el 1 hasta el 19, todos inclusive.

La Iglesia usa del texto de san Mateo para el Evangelio de la misa del viernes de la segunda semana de Cuaresma, desde el versículo 33 al 46; dice así:

EVANGELIO DE LA MISA DEL VIERNES DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA.

San Mateo, cap. XXI, vs. 33 al 46.

En aquel tiempo dijo Jesús á los judíos y á los príncipes de los sacerdotes esta parábola: Había un hombre padre de familia, el cual plantó una viña y la cercó de vallado; hizo en ella un lagar y edificó una torre, y la arrendó á unos labradores, y partióse lejos. Llegado el tiempo de los frutos, envió sus criados á los labradores para que recibiesen sus frutos. Y los labradores, apoderándose de sus criados, al uno hirieron, al otro mataron y al otro apedrearon. Segunda vez envió otros criados mas que los primeros, é hicieron con

ellos lo mismo. Ultimamente les envió su hijo diciendo: Tendrán respeto á su hijo. Mas los labradores viendo al hijo, dijeron entre sí: Este es el heredero; venid, matémosle, y tendremos su heredad. Y asíéndole, le echaron fuera de la viña y le mataron. Cuando venga pues el señor de la viña, ¿qué hará con estos labradores? Dícenle: A las malos castigará y perderá terriblemente, y arrendará su viña á otros labradores que le den el fruto á sus tiempos. Dijoles Jesús: ¿Nunca habeis leído en las Escrituras: La piedra que desecharon los que edificaban, vino á ser la llave del ángulo? El Señor es quien hizo esto, admirable es á nuestros ojos? Por lo tanto, os digo que se os quitará el reino de Dios y se dará á gente que rinda los frutos de él. Y el que cayere, sobre esta piedra se hará pedazos; y sobre quien ella cayere, le desmenuzará. Habiendo oído los príncipes de los sacerdotes y los fariseos sus parábolas, entendieron que hablaba de ellos. Y buscando cómo echarle mano, temieron al pueblo, porque le temían como profeta.